



Pablo d'Ors  
**Devoción**



Galaxia Gutenberg

# Devoción

Pablo d'Ors

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,  
**Premio TodosTusLibros**  
al Mejor Proyecto Editorial, 2023,  
otorgado por CEGAL (Confederación Española  
de Gremios y Asociaciones de Libreros).

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2025

© Pablo d'Ors, 2025  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona

Depósito legal:

ISBN: 978-84-10317-23-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)  
si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra  
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Gonzalo Rodríguez-Fraile,  
con mi admiración, agradecimiento y amistad*

# EL PEREGRINO RUSO

Versión de Pablo d'Ors

«No dejaremos de explorar,  
y el fin de toda nuestra exploración  
será llegar a donde empezamos  
y conocer el lugar por primera vez.»

T. S. ELIOT

## ACTO I

### La oración del corazón

#### 1. EL TERRATENIENTE PIADOSO

Un día entré en una iglesia para rezar y, durante la misa, escuché esta frase: «Orad sin cesar». Estas tres palabras –orad sin cesar– se me quedaron tan grabadas que me puse a pensar cómo podía ser posible eso de orar sin interrupción, cuando en la vida todos hemos de estar ocupados en tantos asuntos y tan diversos. Así que salí de la iglesia preguntándome si encontraría a quien me lo explicase y, como no podía quitármelo de la cabeza, dos días después me puse en camino en busca de quien me diera alguna luz. Fue así como me convertí en peregrino.

¿Que quién soy? Por la gracia de Dios, soy cristiano; por mis actos, indudablemente un gran pecador; lo que voy descubriendo es que por vocación soy peregrino, pues siempre voy errante, de un lado para otro. Sólo poseo la palabra y el pan: en el pe-

cho, bajo la camisa, la santa Biblia y la *Filocalia*, mis libros; a la espalda, un zurrón de pan seco... ¡Nada más, pero tampoco menos!

\*

En mis pesquisas iniciales, de quien primero tuve noticia fue de un piadoso terrateniente que vivía en el pueblo de al lado. Me informaron de que aquel buen hombre apenas salía de su casa, pues no hacía otra cosa que leer libros piadosos y rogar a Dios en una pequeña capilla que se había hecho construir a este efecto.

Aquel terrateniente me sonrió en cuanto me tuvo frente a él.

—He oído decir que sois una persona devota y juiciosa —le dije a modo de saludo—. Por eso os pido que me expliquéis, si sois tan amable, qué significa eso que dice el Apóstol de «Orad sin cesar». ¿Cómo es posible algo semejante, teniendo siempre todos tanto que hacer?

Volvió a sonreírme. Todavía estoy viendo su amplia sonrisa.

—No soy a quien buscas —me respondió tras un compás de espera bastante largo—. Yo no tengo letras para responder a una pregunta como ésta, tan profunda. —Y siguió sonriéndome, con infinita dul-



zura—. Pero a pocas verstas de aquí hay un párroco cuyos sermones son los mejores que he escuchado nunca. Él te explicará qué es la plegaria, cómo realizarla y cuáles son sus frutos.

Acto seguido, como si yo fuera un mendigo, mandó a uno de sus sirvientes que me diera algunas viandas para el camino, pese a que insistí en que no necesitaba nada. Acepté también una hogaza caliente, que agradecí y metí en el zurrón; pero él, al verlo tan agujereado, se empeñó en sustituirme por uno más sólido y mejor, cosa por la que también le di las gracias.

Luego se despidió de mí con la misma sonrisa con la que me había recibido. No me atreví a seguir preguntándole —como habría deseado—, puesto que me hizo ver que le importunaba. La verdad era, sin embargo, que aquella conversación acrecentó en mí la irresistible inclinación a lo espiritual que experimento desde que era un niño.

## 2. EL PÁRROCO LENTO

Era un día claro de verano y las campanas llamaban a la misa.

—No hace falta que corras —me dijo un paisano, al ver que me apresuraba—. Tienes tiempo de sobra,

puesto que en este pueblo el párroco es muy parsimonioso y la ceremonia, larga –me advirtió.

Tenía razón: la liturgia duró mucho, pues el celebrante, pálido y macilento, ofició con exagerada lentitud. Sin embargo, pronunció un sermón tan lleno de sentimiento que me emocionó.

–¡Con qué piedad decís el oficio, padre –le dije una vez que hubo concluido–, y qué despacio!

–Sí –me respondió él, mirándome de reojo–; y eso que sé que a los feligreses no les gusta y refunfuñan. Pero no puedo evitarlo. Me encanta paladear cada palabra de la plegaria eucarística, antes de pronunciarla en voz alta.

Estábamos en la sacristía. De la pared que tenía enfrente colgaba un icono maravilloso y una cruz de tamaño casi natural.

–Reconozco que me gusta leer –admitió el párroco, entre complacido y abochornado, mientras yo, que había estado admirando el icono, me entretenía ante una estantería llena de libros.

Cuando se despojó de la casulla y del alba, tomamos asiento ahí mismo ante una gran mesa circular. Él entendió que le pedía confesión, aunque lo único que yo quería saber era qué hacer para estar en permanente conexión con Dios.

\*

En cuanto le hube formulado mi inquietud, aquel sacerdote lento –pues era muy parsimonioso en todo, no sólo en la misa–, extrajo de un cajón de su escritorio un libro muy grueso, advirtiéndome que era muy valioso.

–A todo el que me dé diez cópecs, le leo cuanto quiera sobre cómo será el juicio final de Dios y sobre los tormentos que sufriremos en el infierno –comenzó diciéndome entre risas secas y forzadas.

Pero luego se le mudó el rostro.

–Te confieso que cuando leí cómo los gusanos, en medio del fuego eterno, se comerán a los pecadores, me asusté tanto que, desde entonces, me asaltan pensamientos obsesivos.

Luego se me aproximó exageradamente y me preguntó en voz baja, como si alguien pudiera estar tras la puerta, escuchándonos.

–¿Tú crees que será verdad lo que dice este libro? ¿Tú crees que resucitaremos?

Me quedé sorprendidísimo ante esta interpelación. No imaginaba que un tipo de su condición, y más después de haberle visto celebrar con tanta unción, tuviera semejantes dudas.

Pero él no esperó mi respuesta.

–De alguien que hace cien años o más que murió ya no quedan ni las cenizas. Nadie ha vuelto del otro mundo, así que... ¡quién sabe si el ser huma-

no, cuando se muere, se pudre y desaparece de la faz de la tierra para siempre, sin dejar rastro!

Aquel párroco, incrédulo y devoto al mismo tiempo, logró escandalizarme.

—Este libro —y dejó caer su mano sobre él, asustándome— lo escribieron los curas para hacer que vivamos aterrorizados y en sumisión. —Y se rio de un modo horrible, como nunca imaginé que pudiera hacerlo un clérigo—. De esta forma, pasas la vida en medio de penas y trabajos sin ningún consuelo y, para colmo, en el otro mundo... ¡no habrá nada!

Una vez más cambió de semblante, palideciendo de forma aterradora.

—Te confieso que todos estos pensamientos me atormentan —concluyó, y me miró, ahora sí, esperando de mí alguna reacción.

Al oír aquel relato, no pude por menos de compadecerme. Yo había oído lo escépticos que suelen ser los sabios y librepensadores; pero la verdad es que... ¡también entre los clérigos se incubaba el escepticismo y la incredulidad! Aquel párroco era un hombre muy complejo para mí, y así se lo dije. Su alma poliédrica tendría su propio camino hacia Dios, pero no era, ciertamente, el mío. Así que tuve que reemprender mi búsqueda sin saber muy bien adónde ir.

Pero lo que buscaba no estaba lejos. Nunca está lejos lo que buscamos si es a Dios.

Antes de partir, le pedí su bendición, que él me dio con extrema lentitud, tal y como había celebrado la misa.

### 3. EL ABAD HOSPITALARIO

Tras el encuentro frustrado con aquel párroco atormentado, mis deseos de adentrarme en la oración llegaron a ser tan intensos que, sencillamente, me impedían conciliar el sueño. Por fortuna, doscientas verstas más adelante, llegué a un monasterio, de cuyo reputado abad se decía que era muy virtuoso y hospitalario.

–He oído que hay que orar en todo momento, pero no sé cómo hacerlo –le dije cuando finalmente me recibió, cosa que no fue tan sencilla–. Os ruego, padre mío –dudaba sobre cómo tratarle–, que me lo expliquéis.

Fui todo lo breve que pude, pues me advirtieron que aquel abad era un hombre ocupadísimo y que, en consecuencia, no debía robarle más tiempo del imprescindible.

–No lo sé, querido hermano –me respondió él–, yo no sé nada de todo eso.

Me sorprendió muchísimo que un hombre consagrado y, por si esto fuera poco, el máximo responsable de un monasterio, me dijera, con toda naturalidad, que él, sobre ese asunto de la oración, no tenía la menor idea. Me sorprendió incluso que también él, como el terrateniente piadoso, me sonriera mostrándome las palmas de las manos y alzando las cejas. Pero no todo terminó ahí.

—Agradece a Dios —me dijo entonces— que haya encendido dentro de ti esa irresistible inclinación hacia la plegaria continua. Reconoce en ello la llamada de Dios; pero, por favor —y alzó el dedo índice—, tranquilízate. La propia plegaria te revelará cómo orar sin detenerte —me aseguró—; pero para eso hace falta tiempo, muchísimo tiempo. —Y sacudió las manos para que me hiciera cargo de los muchos años que necesitaría para alcanzar lo que buscaba—. Reza siempre, reza más y con más fervor —me dijo también para, acto seguido, acompañarme a la puerta y extenderme su mano para que besara su anillo—. Discúlpeme por haber hablado tanto —me dijo todavía, una vez que se lo hube besado—. Los santos padres afirman que la conversación, aunque sea piadosa, no es más que parloteo si dura demasiado. Ruega por mí —me pidió, sacudiendo un pañuelo con el que terminaría sonándose—, para que Dios, en su infinita miseri-

cordia, me ayude en el gobierno de este monasterio.

No se olvidó de invitarme a que pasara con ellos el tiempo que me pareciera oportuno. Su fama hospitalaria no era infundada, eso desde luego; pero en sus palabras no encontré el consuelo que buscaba.

—Mi reposo no depende de un techo, sino de una enseñanza espiritual —me atreví a decirle, al menos esta vez no me quedé callado—. No necesito comida, tengo mucho pan seco en el zurrón —mi falta de comprensión me resultaba cada vez más dolorosa.

—¡Que la gracia divina te acompañe durante tu viaje —me deseó—, como el ángel Rafael a Tobías!

Salí de aquel locutorio con la impresión de que el mundo se había vuelto completamente loco: los sacerdotes, que deberían ser un ejemplo de fe, viven atormentados por las dudas; los monjes, que se consagran a Dios, viven ocupadísimos sin tiempo para escuchar a los demás. Aquel santo abad, supuestamente experto en oración, ¡no me había aclarado nada! «A la hora de orar, no acertamos ni en el qué ni en el cómo», dice san Pablo. Pues ésa era, exactamente, mi situación.

# Índice

## EL PEREGRINO RUSO, *versión de Pablo d'Ors*

ACTO I. LA ORACIÓN DEL CORAZÓN . . . . .	13
1. El terrateniente piadoso . . . . .	13
2. El párroco lento . . . . .	15
3. El abad hospitalario . . . . .	19
4. El portero y la <i>Filocalia</i> . . . . .	22
5. El guardia forestal. . . . .	25
6. El <i>staretz</i> y los demonios. . . . .	29
7. El hermano incendiario. . . . .	32
8. La esposa y la Biblia . . . . .	36
9. La invocación del nombre. . . . .	38
10. El loco de Dios . . . . .	40
ACTO II. LA VARA DE DIOS. . . . .	43
11. El atraco . . . . .	43
12. Amor a los libros . . . . .	46



13. El relato del capitán . . . . .	48
14. El lobo y el rosario . . . . .	51
15. Una reyerta conyugal . . . . .	53
16. La hija del anfitrión . . . . .	56
17. Interrogatorio ante el jefe de policía . . . .	58
18. Las piernas heladas . . . . .	62
19. La cura con alquitrán de huesos . . . . .	64
20. La vara de Dios. . . . .	67
ACTO III. HUIDA A LOS BOSQUES . . . . .	71
21. La mujer del juez . . . . .	71
22. Paseo con un caballero . . . . .	74
23. Conversación sobre los Bujara . . . . .	76
24. La espina del pescado . . . . .	79
25. Aparición del difunto maestro y lavatorio de pies . . . . .	81
26. Visión y discurso del profeta. . . . .	83
27. Fama de santidad y huida a los bosques . . . . .	86

*Breve ensayo sobre la*  
D E V O C I Ó N

POÉTICA: ESCRIBIR PARA SER . . . . .	97
1. La adaptación de un clásico . . . . .	97
2. Las andanzas de un buscador . . . . .	102

3. La corriente del hesicismo . . . . .	113
4. La custodia del corazón . . . . .	118
5. La recitación del nombre . . . . .	122
 MÍSTICA: CAMINAR HACIA DENTRO . . . . .	 129
1. En el principio siempre es la Palabra . . . . .	129
2. Lo que puede aprenderse de un maestro . . . . .	137
3. El camino del mantra . . . . .	146
4. Vivir en el relato de Dios . . . . .	155
5. Las pruebas iniciáticas . . . . .	162
6. El combate contra los demonios . . . . .	172
7. La aceptación de la voluntad divina . . . . .	180
8. El fantasma de la muerte . . . . .	187
9. Cumplir los mandamientos . . . . .	195
10. Al final triunfa el amor y la unión . . . . .	204
Diez enseñanzas para el caminante . . . . .	209
 Epílogo . . . . .	 221
Agradecimientos . . . . .	223